

Crisis y energía

MARIANO MARZO

LA VANGUARDIA, 16.04.09

Teniendo en cuenta tanto la situación y perspectivas energéticas globales como las específicas de Catalunya, así como los objetivos del "paquete energía-clima" de la Unión Europea, parece claro que el futuro de Catalunya pasa por avanzar decididamente hacia una economía de baja intensidad energética y por lograr una importante descarbonización del mix sin que esto último suponga, naturalmente, una merma de la seguridad del suministro y de la competitividad económica.

Para desarrollar este nuevo modelo, resulta esencial hacer de la política energética un eje transversal de la acción de gobierno y, al mismo tiempo, animar e involucrar a la sociedad en el cambio de modelo. Sobre esta base podría impulsarse una amplia batería de iniciativas, entre las que pueden citarse: 1. pasar de la gestión de la oferta a la gestión de la demanda, potenciando el ahorro y la eficiencia energética; 2. consolidar el sector de la energía como una oportunidad de crecimiento económico y de creación de puestos de trabajo cualificados; 3. impulsar la I+ D+ i en nuevas tecnologías energéticas; 4. incorporar el tema de la energía en la formación y el reciclaje profesional; 5. introducir una nueva concepción de la movilidad basada en un nuevo modelo territorial; 6. avanzar hacia un sistema eléctrico que corrija déficits y permita afrontar retos del futuro como la electrificación del transporte y la construcción de nuevas plantas de desalinización, y 7. reducir el consumo energético en la edificación.

En Catalunya se dispone del conocimiento tecnológico y de gestión suficiente para abordar la construcción de un nuevo modelo energético. Pero para ello resulta primordial situar el tema de la energía al máximo nivel estratégico de la actuación del Gobierno y llegar a un consenso en materia energética entre los diversos partidos, de forma que estos accedan a romper con las formas tradicionales de acción política a corto plazo y a reenfocar su estrategia hacia los cambios estructurales a medio y largo plazo. En cualquier caso, la magnitud del reto es tan grande que no se puede pensar que la acción de las administraciones públicas pueda resultar por sí sola suficiente para afrontarlo. Sin duda, también habrá que saber buscar una mejor sintonía entre estas, las empresas y los ciudadanos.

La actual coyuntura de crisis ofrece una oportunidad inmejorable de iniciar con determinación la transición hacia un modelo que dé prioridad a la eficiencia energética, el ahorro y el despliegue de las fuentes de energía renovables. En una situación de reducción de actividad, esta transición es más factible, siempre y cuando se encuentren fórmulas que no hagan recaer el coste de la transición sobre las personas y las empresas en crisis. En estos momentos en que la salida de la crisis requiere una importante inversión pública encaminada a la creación de empleo, acometer un programa de acondicionamiento energético de viviendas y edificios (empezando por los de la Administración) podría resultar, por ejemplo, una iniciativa interesante.